

sa, y de la parte de ingratitud que envolvía, no cometiéndola directamente por su propia mano y colocando otras personas entre él y el crimen, y al efecto nombró una comisión de tres individuos de su consejo, y les delegó el poder de sancionar en su nombre la sentencia del parlamento contra Strafford. Los comisionados ratificaron la sentencia. El rey se encerró para llorar y no ver la luz del día que iba á alumbrar el suplicio de su servidor inocente. Creyó que olvidándose él mismo de contar aquel día en su vida, no le sería contado tampoco en el cielo y en la tierra, y lo pasó todo en las tinieblas pidiendo por el moribundo y llorando. Empero aquel día se levantó para alumbrar la iniquidad del rey, la traición del amigo y la grandeza de alma de la víctima.

XIX.

«He pecado contra mi conciencia, escribió algunos años despues el rey á la reina, reconviéndose á si mismo por aquella firma arrancada á su ternura de padre y de esposo: mi conciencia me lo advirtió en el mismo momento en que firmaba aquella baja y criminal concesion.» — «Dios quiera, exclamó el arzobispo su consejero eclesiástico viéndole arrojar la pluma despues de haber firmado el nombramiento de los comisionados, Dios quiera que V. M. no tenga que arrepentirse, ni sienta atormentada su conciencia por este acto.» — «¡Ah! Strafford es mas feliz que yo, respondió el príncipe tapándose los ojos con las manos: decidle que si no se tratase del reino, hubiera yo ofrecido mi vida por la suya.»

El enemigo personal y encarnizado de Strafford, el feroz Pym, aquel demagogo inglés, que afectaba cólera en el parlamento y arrojaba inocentes al pueblo para alimentar su ambiciosa popularidad de victimas, se felicitó descaradamente como de un triunfo de aquella bajeza del rey, de quien no se atrevía á esperar tanta debilidad. «¡Ah! dijo, ¿nos da la cabeza de Strafford? pues no nos negará ya nada, ni aun la suya.»

XX.

Sin embargo, el rey esperaba todavía que la cámara de los comunes, satisfecha de su humillacion y de su deferencia, no exigiria la sangre de su amigo, y concederia una conmutacion de suplicio. ¡Ah! no conocia á los partidos; ignoraba que son mas implacables que los tiranos, porque los partidos no tienen mas que pasiones de espíritu y no corazon. Los hom-

bres de partido votan por unanimidad y por temerse unos á otros, lo que cada uno de ellos separadamente no se atreveria siquiera á pensar. Los hombres en masa dejan de ser hombres, y se convierten en un elemento. Para conmover á este elemento sordo y cruel de la cámara de los comunes, empleó Carlos lo que mas podia halagar el orgullo y tocar la sensibilidad de aquellos tribunales del pueblo. Escribió á los comunes una carta patética, regada con sus lágrimas, y para hacerla mas irresistible la dirigió al parlamento por conducto de un niño, por el de su propio hijo, el príncipe de Gales, cuya edad, hermosura é inocencia, infundian la esperanza de que no seria denegada súplica que por semejante intercesion se hacia.

El rey abria enteramente su alma á los comunes en aquella carta, descubria las llagas de su corazon, confesaba las angustias que habia tenido que sufrir inmolando su honor de rey y sus sentimientos de amigo á la voluntad de sus súbditos; ponderaba la importancia del sacrificio y de la satisfaccion que al fin habia dado á los comunes, y en recompensa de tanta abnegacion solo pedia una prision perpétua en lugar de la muerte para su antiguo ministro. En fin, como si él mismo hubiese dudado del éxito de su súplica, rogaba en una *postdata* á los comunes que concedieran por lo menos hasta el sábado siguiente un respiro al condenado para prepararse á la muerte.

XXI.

Todos se mostraron sordos á la voz del padre y á la intercesion del hijo: los tribunales del parlamento no concedieron ni un alivio al suplicio, ni una hora á la vida del condenado. Su popularidad imponia á su ambicion la inexorabilidad y la prontitud delante del pueblo, cualidades que ellos mismos imponian al rey. La hermosa condesa de *Carlisle*, especie de *Cleopatra* inglesa, de quien Strafford habia sido amante preferido durante su grandeza, hizo generosos esfuerzos de seducción en el parlamento para alcanzar la vida de aquel cuyo amor habia formado su orgullo; empero nada pudo contra aquellos corazones endurecidos, y como si fuera el destino de Strafford verse abandonado á la vez por la amistad y por el amor, aquella voluble belleza, mas enamorada del poder que de la persona de sus adoradores, pasó en seguida como un despojo de *Strafford* á Pym, y llegó á ser la querida del asesino como lo habia sido de la víctima. Pym, dice la historia inglesa, tan profundamente compulsada por Mr. Charles, era un ambicioso que representaba el fanatismo sin sentirlo: *Homo ex luto et argilla epicurea factus*, segun la

enérgica espresion de *Haket*: *Hombre hecho de lodo y arcilla sensual*, tales como se encuentran en los partidos populares y en los partidos monárquicos, sirviendo y adulando á los partidos, los cuales á su vez adulan á sus servidores saciándolos de sangre.

XXII.

A todo estaba preparado Strafford despues de aquellas dos defecciones de las personas á quienes mejor habia servido y amado sobre la tierra. Sin embargo, cuando vinieron á anunciarle que el rey habia firmado el bill de su condenacion, se sublevó la naturaleza, y rompiendo la resignacion, exclamó dando un gemido y levantando las manos hacia la bóveda de su calabozo: «*Nolite fidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis!*» ¡Guardaos de poner vuestra confianza en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no hay esperanza de salvacion en ellos!» Pidió en seguida que le dejaran hablar un momento con el arzobispo de Lóndres, *Laud*, preso en la torre por la misma causa que él. *Laud* era un prelado de gran piedad y de un alma superior á su siglo; mas esta entrevista, en la que los dos realistas esperaban fortificarse uno á otro para la vida ó para la muerte, les fué negada, y Strafford entonces rogó al gobernador de la torre que á lo menos tuviese la bondad de decir al arzobispo que á la mañana siguiente se asomara á la ventana á la hora de marchar al suplicio para darle su último adios.

XXIII.

Al dia siguiente obligaron á Strafford á pedir un coche para ir al cadalso, porque temian que el furor del pueblo se anticipara al verdugo, destrozando con sus propias manos al que Pym y los oradores de los comunes le habian presentado como enemigo público. «No, respondió Strafford, yo sé mirar á la muerte y al pueblo frente á frente; poco me importa morir á manos del verdugo ó sucumbir á la furia del populacho si esto puede agradecerles.»

Al pasar Strafford por debajo de la ventana en el patio de la prision, se acordó de la cita que habia dado la víspera, miró hacia las rejas de hierro que le disputaban la vista de *Laud*, y vió solamente las dos manos trémulas y descarnadas del anciano tendidas hacia él y como si á tientas quisieran bendecirle.

Arrodillóse Strafford sobre el polvo, é in-

clinó la cabeza. «Monseñor, dijo al arzobispo, vuestra bendicion y vuestras oraciones...»

El corazon del anciano no pudo soportar el sonido de aquella voz, y al dar su bendicion cayó desmayado en los brazos de sus carceleros. «¡Adios, monseñor, le gritó Strafford: Dios proteja vuestra inocencia!» Y marchó con paso firme, á pesar de los dolores de la enfermedad y la postracion de sus fuerzas, á la cabeza de los soldados, que mas bien parecian seguirle que escoltarle.

XXIV.

Segun la costumbre tan humana de Inglaterra y Roma, que permite al reo, cualquiera que sea, marchar á su suplicio, acompañado de sus parientes y amigos para que le animen y consuelen en el último trance, Strafford llevaba á su lado á su hermano, y como le viese llorar le dijo: «¿Por qué lloras? ¿Ves en mi vida ó en mi muerte algo que pueda hacerte avergonzar de mí? ¿Por ventura tiemblo como un criminal, ó tengo el aire fanfarron de un ateo? ¡Para tranquilizar tu alma, figúrate que este es mi tercer matrimonio y que tú eres mi page de bodas; aquel tajo, añadió mostrándole el pedazo de madera donde iba á colocar su cabeza, será mi almohada, y en ella descansaré sin pena, sin dolor y sin temores!»

XXV.

Luego que subió al cadalso acompañado de su hermano y de sus amigos, se arrodilló un momento como para saludar al altar de su sacrificio; levantóse al punto, y mirando al gentío numeroso y mudo que cubria la colina y la torre de Lóndres, llamada del Cadalso, alzó la voz con tanta vibracion y gravedad como en la cámara de los comunes, teatro de su magestuosa elocuencia.

«Puesto que te has reunido aqui, ¡oh pueblo! dijo, para ver mi muerte, sé testigo de mis palabras; deseo, al morir, á este reino, todas las prosperidades que puede conceder Dios á los que viven sobre la tierra. Durante mi vida he hecho siempre cuanto he podido para asegurar la felicidad del pueblo inglés, y este es tambien mi único voto al morir; pero ruego á cada uno de los que me escuchan, que examinen seriamente, y puesta la mano sobre su corazon, si el principio de una reforma saludable debe escribirse con caracteres de sangre... No permita Dios que la gota menor de mi sangre, caiga en la cabeza de ninguno de vosotros;»

pero temo que os precipiteis por un camino fanésto.»

XXVI.

Después de estas primeras palabras, lanzadas desde lo alto de su cadalso á manera de advertencia dirigida á su patria, se arrodilló de nuevo Strafford, y durante mas de un cuarto de hora estuvo rezando con todas las muestras de un fervor humildísimo y ardiente. Por fortuna el fanatismo revolucionario de los ingleses no regateaba los últimos minutos á los moribundos; mas como Strafford oyese sordo murmullo de compasion ó de impaciencia en la muchedumbre, se levantó, y dirigiéndose á los que le rodeaban, exclamó: «Pronto concluyo. ¡Un solo golpe va á dejar á mi esposa viuda, huérfanos á mis queridos hijos, y sin amo á mis pobres criados! ¡Dios sea con ellos y con vosotros!»

«¡Gracias al valor interior que ese Dios me presta, añadió despojándose él mismo de su casaca y levantando sus cabellos para que nada amortiguase el filo del hacha sobre su cuello; me quito la ropa con la misma tranquilidad con que me la he quitado todas las noches de mi vida para dormirme!»

Entonces hizo seña al verdugo que se acercase, le perdonó caritativamente la sangre que iba á derramar, y puso él mismo su cabeza sobre el tajo, dirigiendo otra mirada y otra oracion al cielo. Su cabeza cayó rodando á los pies de sus amigos. «¡Dios salve al rey!» exclamó el ejecutor recogiendo la cabeza y levantándola en alto para enseñarla al pueblo.

Este, que hasta entonces habia permanecido mudo y compasivo, lanzó un grito de alegría y de venganza, que atestiguaba el frenesí de la época. Aquel pueblo se regocijó como un insensato de haber arrancado de su seno al mejor ciudadano, y se diseminó por las calles de Londres para disponer las iluminaciones públicas.

XXVII.

El rey, durante este sacrificio, se mantuvo encerrado en su palacio, pidiendo perdon á Dios por la sangre que arrancaban á su debilidad. Solo el eclesiástico que acompañó á Strafford al cadalso, fué admitido en la habitacion de Carlos para darle cuenta de los últimos momentos de su ministro. «Nada hay que pueda compararse, dijo al rey el eclesiástico, con la calma y la magestad de esta muerte: he visto morir á muchos, pero jamás ha volado al seno de su Criador un alma tan blanca y purificada.»

Al oír el rey estas palabras volvió la cabeza para llorar.

El arrepentimiento de su concesion y el presentimiento tristísimo de la nulidad de esta concesion para rescatar su propia salvacion y la paz del reino, se confundieron en un dolor inmenso y sombrío en su alma. Vió claramente que se habia herido á sí mismo con el golpe que habia dejado descargar sobre su servidor y su amigo, y que el suplicio de Strafford no era mas que la repeticion de su propio suplicio. Por mas que Carlos pudiera recurrir al sofisma para defenderse contra los remordimientos, diciendo que su corazon habia sido vencido, pero que tenia limpia la conciencia, no quiso disculparse, ni delante de sí mismo, ni delante de la política, ni de Dios; antes bien, se acusó con tanta severidad como debia acusarle un dia la historia; humillóse en su falta y en su dolor; juró que aquella seria su primera y última transaccion con la iniquidad de sus enemigos, y sacó de la amargura de sus pesares la fuerza de vivir, luchar y morir por su derecho, por el derecho de su corona y por el del último de sus súbditos.

XXVIII.

En efecto, el parlamento no vió en la muerte de Strafford sino una victoria sobre el poder real y sobre el corazon de Carlos. Los conflictos entre la corona y los comunes se reprodujeron al instante bajo otros pretextos y otras exigencias. En vano sacó el rey sus ministros del seno del parlamento; no halló otro Strafford, porque la naturaleza no habia hecho mas que uno; Carlos no podia escoger sino entre fidelidades medianas ó enemigos implacables, y aun estos enemigos, llamados por el rey á su consejo para entregarles el gobierno, se negaban á hacerse cargo de él. El espíritu de faccion era tan universal y tan irreconciliable en Inglaterra contra la corona, que los individuos populares del parlamento se sentian mas fuertes continuando siendo gefes de facciones en los comunes, que ocupando el puesto de ministros de un príncipe sospechoso y condenado. El partido puritano de los comunes tenia entonces á Carlos I en Inglaterra en el mismo aislamiento en que el partido de los Girondinos tuvo á Luis XVI el año de 1791 en Francia, asediando al ministerio y rehusando ser ministros, á fin de tener el derecho de atacar siempre al poder real que en vano les cedian, ó no queriendo tomarlo sino para venderlo, entregándolo por adulacion al pueblo, y por complicidad á los republicanos.

Tal era la situacion recíproca del rey y del parlamento durante los primeros años en que

Cromwell era individuo de la cámara de los comunes.

SEGUNDA PARTE.

I.

En la mansion que hemos descrito en nuestra primera parte, fué donde Cromwell y su jóven esposa, á su imagen hecha, educaban pobremente y en el retiro los siete hijos que el amor y la fidelidad conyugal les habian dado. No buscaban el mundo; el mundo fué quien á buscarlos vino.

Se ve por los vestigios de la vida de Cromwell, durante esta época, cuanto le preocupaban el ruido de las controversias religiosas en Inglaterra, en Irlanda y en Escocia, y con avidez eran leídos por él los folletos religiosos que empezaban á multiplicarse; pero él solo se fijaba en los argumentos religiosos de estos escritos.

El nombre inmortal del gran poeta inglés, Milton, este Dante británico, aparece por vez primera en uno de estos folletos republicanos. Milton volvia de Italia, donde habia respirado ante las ruinas de la antigua Roma el olor de la libertad, y donde el espectáculo corruptor de la Roma moderna lo habia hecho independiente en materia de culto. Milton daba, como Chateaubriand y madama Staël en 1814, el acento inmortal á las pasiones pasajeras de su época.

II.

Los independientes en materia de gobierno, comenzaban por una lógica forzosa á surgir de aquella necesidad de independencia en materias de fé. Las dos libertades se enlazan. ¿Cómo creer libremente en la servidumbre que impide decir lo que se quiere y practicar lo que se cree? Esta necesidad absoluta de profesar y difundir libremente su creencia, inclinaban á Cromwell hácia la república. Hampden, su pariente, popular hasta el delirio por su resistencia á la autoridad real, quiso fortificar el partido republicano con la adhesion de un hombre tan severo y tan irreprochable en sus costumbres como Cromwell: lo hizo nombrar diputado por la ciudad de Cambridge, donde Hampden ejercia soberana influencia.

Este nuevo nombramiento de Cromwell por un condado mas ilustre, y en un instante mas político, no distraia su pensamiento del único

objeto de su vida. «Enviadme, escribe á su amigo Willingham de Londres, los argumentos de los escoceses para sostener la uniformidad en la religion espresada en sus proclamas. Deseo leerla antes de que entablemos en la cámara este debate, que se abrirá bien pronto.»

Un interés popular vino á mezclarse por algun tiempo á este interés religioso. Abrazó este interés por creer sin duda justa la causa; pero ciertamente tambien por poner al pueblo del lado de los independientes y de los republicanos, merced al apoyo que el buen derecho popular encontraba en los hombres de este partido contra la corona.

Se trataba del derecho de cercar los terrenos de propios enclavándolos en sus estados, que reyes de Inglaterra habian concedido en otro tiempo indistintamente á favoritos, y que el pueblo con razon les disputaba. «Cromwell dice el ministro del rey en sus memorias, á quien yo no habia oido hablar nunca en la cámara, fué elegido miembro del comité del parlamento, encargado de entenderse con los ministros sobre este asunto. Cromwell se irritó conmigo durante el debate, y me acusó de intimidar á los testigos. Habló con tanta indecencia y groseria, sus maneras fueron tan ásperas y su actitud tan insolente, que me vi obligado á aplazar la comision. ¡Cromwell no me lo perdonó nunca!»

La popularidad que la defensa de esta causa valió á Cromwell y á su partido, le animó á acrecentarla con la defensa de los autores de encarnizados folletos contra la corona y la iglesia, libelos que de vez en cuando el rey y los obispos entregaban al verdugo de Londres para ser quemados. Presentó al parlamento la peticion de uno de sus perseguidos autores. La indignacion de su conciencia lastimada le abrió los labios por la vez primera. «Era en noviembre de 1640, dice un espectador realista en sus memorias; yo, que era miembro tambien del parlamento, tenia la vanidad de creerme un modelo de elegancia y de nobleza, porque los cortesanos nos vanagloriábamos de nuestro traje. Vi al entrar en la sala un orador que hablaba y que vestia de un modo muy comun, un traje de paño sin bordados, que parecia hecho por algun sastre de aldea. Su camisa era basta y sucia. Recuerdo que tenia una ó dos manchas de sangre en el cuello vuelto de la camisa. Su sombrero no llevaba pluma. Era de buena estatura. Su espada pendia del costado: su fisonomia era redonda y abultada, su voz estridente, poco armoniosa y flexible, pero se espresaba con una elocuencia penetrada de fervor. Su causa carecia de buen sentido: hablaba en favor de un libelista sentenciado á muerte. Declaró que la atencion prestada por la asamblea á aquel hombre, disminuyó mucho mi consideracion hácia los comunes.»